

RAFAEL BARRETT, ¿UN ESCRITOR MODERNO?

Benjamín Alías

Universidad de San Andrés, Buenos Aires

Resumen

La literatura latinoamericana de las primeras décadas del siglo XX es profusa en obras que representan, imaginan y postulan una visión del conflicto cultura y naturaleza. Leídos habitualmente desde el corpus del realismo social y el regionalismo, algunos textos han comenzado a ser objeto de estudio de las nuevas perspectivas ecocríticas contemporáneas. En tal sentido, un conjunto de escritos como *El dolor paraguayo* del autor español-paraguayo Rafael Barrett presenta algunos de estos aspectos que ponen en jaque la dicotomía tradicional de naturaleza y modernidad. En efecto, este trabajo examinará los escritos de Barrett publicados entre 1907 y 1908 en los diarios *Rojo y Azul*, *Los sucesos* y *Los diarios* donde se hacen patentes formas alternativas de imaginar alianzas entre las figuras del trabajo: los obreros y trabajadores tanto del Paraguay campesino como los yerbales, con agencias geológicas, minerales y vegetales en pos de constituir cómo se evidencia en la enunciación de Barrett una modernidad que, al igual que la modernidad originaria occidental, también apuesta por el futuro y el progreso civilizatorio. Por otro lado, y paradójicamente, formas de la naturaleza puramente actancial como la selva también son imaginadas en los escritos del intelectual anarquista para demostrar que también en el texto conviven narrativas de la contramodernidad.

Palabras clave: modernidad, naturaleza, Barrett, yerbal, trabajador.

Abstract

Latin American literature from the first decades of the 20th century is profuse in works that represent, imagine and postulate a vision of the conflict between culture and nature. Usually read from the corpus of social realism and regionalism, some texts have begun to be the object of study of the new contemporary eco-critical perspectives. In this sense, a set of writings such as *El dolor paraguayo* by the Spanish-Paraguayan author Rafael Barrett presents some of these aspects

that challenge the traditional dichotomy of nature and modernity. Indeed, this paper will examine Barrett's writings published between 1907 and 1908 in the newspapers *Rojo y Azul*, *Los sucesos* and *Los diarios*, where alternative ways of imagining alliances between labor figures are evident: workers from both Rural Paraguay like los yerbales, with geological, mineral and vegetable agencies in pursuit of constituting, as evidenced in Barrett's enunciation, a modernity that, like the original western modernity, also bets on the future and civilizational progress. On the other hand, and paradoxically, purely actantial forms of nature such as the jungle are also imagined in the writings of the anarchist intellectual to demonstrate that countermodern narratives also coexist in the texts.

Keywords: Modernity, Nature, Barrett, Yermal, Worker.

1. Introducción

Las tensiones o cruces entre las representaciones de la naturaleza y la modernidad europea son características de una serie de novelas de la literatura latinoamericana en las primeras décadas del siglo XX. Ciertamente, la mayoría de ellas han sido leídas siempre, aunque en términos críticos, vinculados con el regionalismo (Rama, Cornejo Polar, Cándido). Sin embargo, como observa Jens Andermann, no solo describen y narran procesos de avance capitalista “al interior del Estado-nación: deforestación, extracción y despoblación”, sino que son puestos en relación con una concepción contemporánea de “insurgencia ambiental” (*Tierras en trance* 177)

Por lo tanto, el giro actancial de las agencias naturales y no-humanas hacia el interior de las primeras narraciones del siglo XX —procedimientos que siempre estuvieron ahí— constituyen, aunque paulatinamente, una de las recuperaciones de la crítica contemporánea. Se trata de textos donde, desde perspectivas críticas materialistas y sociológicas, habituales en las primeras décadas del siglo XX (cfr. Portantiero, *Realismo y realidad en la narrativa argentina*), habían sido abordados por lecturas denuncia listas y sociales, en las que se percibía en un primer plano la relación del hombre con el sistema extractivo. El “ambiente” como tópico regionalista o social era, ante los ojos del lector, una alegoría del sufrimiento humano ante el capitalismo o meramente una entidad pasiva.

Estas novelas, crónicas y escritos periodísticos, mirados retrospectivamente plantean, por otro lado, lo que pareciera ser un fenómeno singular de la literatura de la región. En efecto, si las primeras décadas del siglo XX son “devastadoras” para el medio ambiente en América Latina también son, por otro lado, uno de los períodos más productivos en la literatura del continente (French y Heffes, *The Latin American Ecocultural Reader*). Se trata de un fenómeno que da cuenta del giro ecocrítico en la literatura latinoamericana del siglo XX¹, en donde no solo se evidencian los efectos del capitalismo en las diversas capas sociales, sino también en el ambiente, en el mundo natural, a partir de las representaciones del horror extractivo en los espacios de la plantación.

En todo caso, es importante señalar el desplazamiento crítico de un gran conjunto de obras de las primeras décadas del siglo XX hacia lo que French y Heffes llaman narrativas ambientales latinoamericanas, un campo nuevo donde trazar una genealogía que nos permita repensar el presente. Dicho de otro modo, se trata de diseñar un mapa posible que permita vislumbrar la importancia de algunas ficciones olvidadas por los estudios literarios, como ha notado Jens Andermann, y que desde una perspectiva ecocrítica latinoamericana podrían ser leídas de otra manera:

Efectivamente, “los cuentos de la selva” y los cuentos de la sequía entre los cuales se extiende la geografía ambiental del regionalismo literario corresponden a dos procesos de avance capitalista hacia “el interior” del Estado-nación que, leídos en serie, establecen la “secuencia extracción-despoblamiento” —deforestación, erosión de suelo, éxodo rural— común a vastas partes de Centro y Sudamérica entre finales del siglo XIX y mediados del XX. En sus manifestaciones literarias, la depredación de la selva plasmará en una serie de narraciones con fuerte tono de denuncia, desde *El dolor paraguayo* (1910) de Rafael Barrett hasta *A selva* del portugués Ferreira de Castro, obra cumbre del llamado *ciclo da borracha* en Brasil; o

1 Gran parte de la literatura latinoamericana comienza a ser releída con insistencia desde una perspectiva ecocrítica. En tal sentido, los escritos de Rafael Barrett no son la excepción. Prueba de ello es “El odio a los árboles” que ha sido incluido en un volumen de habla inglesa sobre ecocrítica editado en 2021 por Jennifer French y Gisella Heffes (*The Latin American Ecocultural Reader*).

desde *La vorágine* (1924) del colombiano José Eustasio Rivera hasta *Tanino* (1952) del argentino Crisanto Domínguez (Andermann, *Tierras en trance* 177-178).

Por lo tanto, son narraciones del siglo XX que si, por un lado, narran los excesos del sistema extractivo, por el otro se constituyen como una parte ineludible de la historia de la resistencia cultural al avance moderno.

En ese marco, no son Horacio Quiroga ni José Eustasio Rivera los primeros autores de Sudamérica que a través de su literatura postulan la potencia de la selva como una resistencia a la modernidad de principios del siglo XX. En tal perspectiva, dos son los textos precursores que narraron esta zona: *El dolor paraguayo* y “Lo que son los yerbales”² de Rafael Barret (1876-1910) que, publicados por primera vez en un solo volumen en 1911, sitúan el paisaje rural, la plantación y parte de la tradición guaraní en yuxtaposición con lo que Augusto Roa Bastos denominó: “la noche del infortunio paraguayo” (Roa Bastos, “Rafael Barrett: descubridor de la realidad social del Paraguay” 9), una metáfora más que elocuente de la Guerra Grande aunque también, sin duda, de la emergencia de la modernidad en el Paraguay de entresiglos. Se trata de una compilación de los textos del autor español-paraguayo que comprende los escritos periodísticos publicados en los diarios *Los sucesos* (1906-1907), *Rojo y Azul* (1907-1908), *El Diario* (1907-1908), *Germinal* (1908), *La Evolución* (1909) y *El Nacional* (1910). De modo que, y como veremos en este trabajo, toda la literatura de Barrett apuesta a una escritura breve y por entregas que, como la de Quiroga, circuló en los periódicos o en las revistas de la época, pero que confluyó, después de su muerte, en un libro precursor y de gran potencia, aunque muchas veces olvidado por la crítica, *El dolor paraguayo*.

El propósito de este ensayo es examinar de manera crítica, en las dos partes que componen el libro, tanto las representaciones de la modernidad en el Paraguay de entresiglos, como también

2 A partir de aquí, cuando citemos los textos de Barrett tomaremos como referencia la edición de *El dolor paraguayo* publicada por la Fundación Biblioteca Ayacucho en 1978, con prólogo de Augusto Roa Bastos.

aquellas zonas textuales que se evidencian como una forma de contramodernidad anclada en las representaciones textuales de lo no-humano.

Es cierto que en el caso de Barrett este fenómeno se encuentra mediado por una figura *pioneer* (Sarlo, *La imaginación técnica*) que cartografía el territorio y recupera las voces enajenadas del territorio, aunque los textos compilados en ese libro señero de la literatura paraguaya no dejan de traslucir la tensión existente entre un mundo premoderno y la modernidad del siglo XIX.

En tal sentido, es indudable que el escritor anarquista es un claro ejemplo de la mirada moderna en la literatura latinoamericana que se sostuvo, según Adriana Rodríguez Pérsico, “en una voluntad de registrarlo todo” que da lugar a una proliferación de narraciones a través de gran variedad de géneros: el relato de viajes, el policial, las crónicas de periódicos, entre otros. (Rodríguez Pérsico, *Relatos de época*).

Rafael Barrett se inscribe en esta serie de producciones de la literatura del Cono Sur de principios del siglo XX, aunque con un conjunto de procedimientos que dislocan las habituales representaciones de la modernidad para situarlas en tensión con una tradición más local, una tradición de la tierra y de la cultura guaraní. En efecto, en los textos de Barrett, la tensión y la denuncia del conflicto bélico se entrelazan con las representaciones naturales y espaciales.

Asimismo, si por un lado, Barrett esboza una narrativa moderna que contemple el orden y el progreso desde el lugar de las “figuras del trabajo”, por el otro, se evidencia en el texto una serie de procedimientos que apelan a un lugar actancial de las agencias naturales como también a un rol activo del ambiente: el monte o la selva.

2. Una modernidad otra

El título del libro puede ser interpretado en clave nacionalista, de tristeza y dolor por el Paraguay que sale diezmado, saqueado, casi

completamente destruido de la guerra. En ese marco, la escritura de Barrett pareciera tender a la inscripción del Paraguay en una nueva modernidad que se funde tanto en el trabajo obrero como sobre los cimientos de la destrucción de la nación. Las claves temporales para leer el libro se multiplican: en ellas radica parte de su especificidad moderna. Una heterotemporalidad que solo sirve, en efecto, para evidenciar un proceso de reinscripción del dolor situado en múltiples escalas temporales e hitos sociohistóricos.

En principio, todo el libro se puede leer como un indicio del asedio del futuro: la invasión, la llegada final de un nuevo proceso colonial, de la Guerra del Chaco. Pero también se lee, como dijimos, en las cicatrices, el despojo y el vaciamiento de la Guerra Grande, la Guerra de la Triple Alianza. En los intersticios de ese proceso histórico se pliega la modernidad como peligro, pero también como promesa de futuro³. Aunque, consecuentemente, las ideas positivas respecto de lo que el tiempo le depara a la nación sean por momentos débiles y rocen el extremo optimismo.

En tal sentido, el texto de Barrett promueve un efecto inquietante al pensar la relación de dominio del hombre con la naturaleza, uno de los axiomas de la modernidad (Habermas, “La modernidad, un proyecto incompleto”), como variante de la “*coloniality of nature*” (Mignolo, *Historias locales/ Diseños globales*) que pone una interrelación entre los intereses económicos, las construcciones simbólicas de la diferencia y el desarrollo de las metodologías científicas que los europeos trajeron en la colonización americana. Esta reinscripción de la colonización de la naturaleza llevada a cabo, ahora por el trabajador, solo se presenta —y de manera insistente— en términos utópicos despojados de todo juicio de valor.

El porvenir positivo y triste a la vez se expande en casi todas las páginas y en cada fragmento el autor juega con esa ambivalencia que es evidente, por ejemplo, en un escrito cuyo título es “Revólver” y que fue publicado en el diario *Los sucesos* en 1906 que plantea desde

3 Tanto la apuesta futurista como la descripción del presente del Paraguay finisecular coincide con el rechazo de Barrett hacia la historia como tema literario, como ha señalado el crítico paraguayo Hugo Rodríguez Alcalá (*Historia de la literatura paraguaya*).

un comienzo: “Al ver todo el mundo llevar revólver [...] es forzoso deducir que nos amenaza constantemente un peligro extremo” (42). Es decir que, una tensión temporal se despliega y se vuelve a plegar sobre la escritura de Barrett en la constatación de un problema. Si la modernidad europea, en tanto proceso temporal, se relaciona con el progreso y la idea de varios futuros, por otro lado, comienza a hacerse visible un tiempo *otro*, que proviene de un pasado, un tiempo ancestral que posibilita, en su interpretación, una narración ecocrítica. En el primer sentido, dice Adriana Rodríguez Pésico:

La modernidad está profundamente enraizada en el problema del tiempo. Enfatiza el presente, rechaza los pasados y a veces, entrevé el porvenir. Podríamos pensar que le compete a la literatura reponer la historia de forma oblicua y lateral proponer modos de resistir a la aceleración de la modernidad (*Relatos de época* 31).

La paradoja del rechazo al/los pasado/s se evidencia, por supuesto, en relación con lo que queda del pueblo, sus restos y del Estado-nación inconcluso. Nos interesa poner el foco en la función de la literatura como un dispositivo capaz de desacelerar la euromodernidad. En efecto, si el tiempo se traduce como progreso y futuro posible dentro de los límites de la modernidad, existen escrituras al interior del libro que se muestran como una contrapartida temporal, lenta y ahistórica. El dolor paraguayo se presenta como una escritura testimonial que intenta dar cuenta no solo de los procesos históricos del Paraguay de entresiglos, sino también de los pliegues del conflicto entre Modernidad-Naturaleza.

De esta forma, en los textos publicados en *El dolor paraguayo* proliferan descripciones y juicios de valor de un mundo que ante las ruinas es pensado como pura posibilidad. En una conferencia pronunciada en 1908, que se encuentra compilada en el libro, y cuyo título es “La Tierra”, Barrett escribe:

Todo lo han hecho, todo lo han creado los de nuestra raza, los que vivieron con la herramienta al puño, azadón, cincel o pluma; los siempre miserables,

siempre fatigados del áspero camino, siempre abrumados por la grandeza oculta de lo que hacían; los que empaparon el lodo de sudor y de sangre; los que, bajo el látigo arañaron y mordieron y cavaron de las entrañas del suelo, no una oscura madriguera para esconder su desnudez, sino la magnífica vivienda futura de la humanidad. Tenemos por fin conciencia de que todo está inmóvil y muerto menos nosotros; de que solamente nosotros llevamos el mundo sobre nuestras espaldas.

Y obrero no significa únicamente el que obra la materia muerta, el que batalla para recular las fronteras físicas de lo posible y para perseguir, aprisionar y domar las ciegas energías de la naturaleza; significa, sobre todo, el que obra la materia viva; el que amasa la arcilla y también la carne y el espíritu; el que edifica con dura roca la ciudad del porvenir y también con su propio cuerpo, con su propia razón, el que lanza al azar, a la noche fecunda [...] (78).

La narración utópica de Barret nos muestra un mundo construido desde abajo, desde la tierra, por aquellos que la labran. Sin embargo, es un mundo donde la utopía revela su cara moderna en tanto deja entrever que solo se construye, paradójicamente, a través del esfuerzo del trabajo, de los oprimidos —de “los condenados de la tierra”, en palabras de Fanon muchos años después—. El obrero constituye, en este texto en particular, no solo una figura del trabajo, sino también un síntoma de un mundo por venir desplegado a partir de una escritura que apela tanto al pasado como al futuro.

En aquel futuro que le depara al Paraguay se vislumbra una serie de imágenes muy densas que pertenecen tanto a la modernidad por venir como a aquella que fue destruida por el afán territorial. La idea del progreso solo es vista a través del dominio de la materia, una zona que conjuga, en efecto, técnica, ciencia y trabajo. Se presentan, así, un conjunto de series semánticas que yuxtapuestas revelan la tensión, pero también el predominio de una modernidad que intenta escindir de aquello que pretende dominar.

Una primera serie incluye la técnica y los elementos del trabajador de la tierra: puño, azadón y cincel. Una segunda serie contiene el dolor, el sudor, la sangre y el látigo con el que se referencia la esclavitud. Un encadenamiento de ideas que en proporción “araña”,

muerde, las “entrañas del suelo” para volver a “construir la magnífica vivienda de la humanidad”.

En el siguiente párrafo, se da otra serie a partir del accionar obrero que, indudablemente, enunciada desde el presente se revela con una carga negativa: “batalla”, “persigue” “aprisiona” y “doma”. Palabras que, si llevan como referente el dominio, solo son posibles de ser enunciadas y escindidas de toda crítica, porque el oprimido pareciera ser algo que no proviene del régimen de lo viviente, son yuxtapuestas al manejo de la roca y la arcilla, indicios de, nuevamente, una arquitectura por venir. El lugar del obrero es, por consiguiente, aquel que domina “la energía de la naturaleza”. En efecto, como Leandro Delgado (“Modernidad y anarquía: sobre lo colectivo en las crónicas de Rafael Barrett”) ha notado, las tensiones entre modernidad y naturaleza en los textos de Barrett se presentan a través de la existencia de un tiempo en lo humano y lo no-humano que coexisten, pero en una relación jerárquica⁴.

Por último, también es patente que “la construcción” se relaciona con el trabajo y con la materia viva: la carne y el espíritu, el cultivo de la mente. Por otro lado, en el primer párrafo del pasaje, aparece, además, la pluma en conjunto con los elementos de trabajo y el fortalecimiento del cuerpo. Acaso sean referencias directas a los ideales propios del humanismo más temprano. Consecuentemente, el orden de los elementos referenciados en el devenir moderno que propugna Barrett, como también su lugar proporcional en la narración, son un indicio de un futuro anclado en el progreso, en la construcción de un nuevo Paraguay.

Por contrapartida, en el pasaje se evidencian ciertas materialidades geológicas que, aunque situadas en la narración de manera pasiva

4 La lectura del crítico uruguayo Leandro Delgado (“Rafael Barrett y James Lovelock: dos lecturas modernas para la animación del planeta” y “Modernidad y anarquía: sobre lo colectivo en las crónicas de Rafael Barrett”), que también es el editor de la obra de Barrett en Uruguay y con la que concordamos parcialmente es interesante en tanto señala las apuestas de la modernidad y una relación crítica con la naturaleza por fuera de la extracción. Una crítica directa a las posturas extremas del pensamiento ambiental a la modernidad de los siglos XIX y XX. Se trata de un trabajo que apela al análisis ontológico de la naturaleza a partir de la noción de “lo colectivo” de Bruno Latour a la par que recupera la noción de anarquismo de Barrett.

indican la tensión con un tiempo otro: “un lodo manchado de sudor y sangre”, que vislumbra lo orgánico que se mezcla con la parte más superficial de la tierra; “las entrañas del suelo”, aquella referencia a un tiempo profundo que fue socavado en pos del dominio de la naturaleza, la máquina moderna, el extractivismo poscolonial. En suma, son indicios de que allí hay una latencia temporal que proviene de la tierra, del suelo disponible para el trabajo y la extracción. Se trata de un *deep time* de acuerdo con una historia geomaterial alternativa ostensible en la propuesta teórica de la antropóloga australiana Elizabeth Povinelli (*Geontologies: A requiem to late liberalism*). Este pasaje, que sitúa un proyecto por venir con un fuerte tono mesiánico, continúa:

¡Que somos desgraciados! No por culpa de la naturaleza, más y más sometida cada día a nuestra voluntad y a nuestro ingenio, sino por culpa de nosotros mismos. Esta sed de cambios profundos es sed de perfección. Un vago remordimiento nos entristece. Nos sentimos inferiores a nuestros ideales. Arrastramos, encerradas en el fondo de nuestro ser, la radiante realidad de mañana y embriagados de ella nos humilla y nos mancha y nos exaspera la realidad de hoy. Somos desgraciados porque vamos a dejar de serlo. Sufrimos porque vamos a curarnos. Nuestro dolor es el de los nervios sanos y fuertes; es el dolor de la vida en marcha. Desgraciados, sí, todos desgraciados, por suerte nuestra. Desgraciados los que sueñan la belleza intangible y muchos más desgraciados los que no sueñan ¿Pobres y ricos? No: ¡todos pobres! La riqueza, la verdadera riqueza está haciéndose, los verdaderos tesoros están desenterrándose. Y nosotros, los inclinados sobre el surco, los que tenemos las manos llenas de tierra, somos los primeros que tocaremos el oro nuevo, el oro inagotable y justo (79).

La escritura mesiánica del texto de Barrett sitúa la desgracia y el dolor del presente como promesa de futuro⁵. De nuevo se hacen

5 Una lectura de Verónica Lombardo presenta la imagen del desgraciado en relación con un ideario anarquista y con la figura del desclasado en Rafael Barrett. Lombardo dice: “En Barrett, la experiencia del dolor reduce la posibilidad del cuerpo que tantas veces había decidido exponer. Su condición de ‘desgraciado’ debilita y enferma al cuerpo que también expone a la tuberculosis. [...] La degradación del cuerpo es en Barrett el motor de su actividad periodística e intelectual. Es el privilegio de ‘poder decir’ frente a un cuerpo que comienza a impedírselo. Tal vez, su cuerpo no funcione como otra cosa que como la metáfora del desclasado” (“Intelectuales anarquistas en América Latina: itinerarios e hibridaciones” 6).

patentes las múltiples escalas temporales, de nuevo el futuro debe ser imaginado por los olvidados, aquellos sobrevivientes del infortunio paraguayo.

No se encuentra ajena la escritura de Barrett, cuando presenta la figura del desgraciado, a imponer una idea de modernidad que, evidentemente, en términos temporales no cuaja en el presente. La modernidad enfrentándose al presente paraguayo se encuentra, siguiendo a Mary Louise Pratt, con el mismo problema de siempre: el atraso temporal. “La periferia o la neocolonia están siempre detrás de un paradigma teleológico: con el tiempo se pondrán al día” (*Imaginarios planetarios* 100).

La desgracia pareciera convertirse en consuelo de un pueblo que aún con cicatrices muy recientes se enfrenta de nuevo a la oscuridad de la guerra, de la pérdida. El consuelo le sirve a Barrett para enunciar, en este texto, una promesa distinta que acaso sea todavía el verdadero sueño del Paraguay: el acceso a la tierra que se muestra aquí como la abundancia del extractivismo, “los tesoros de la tierra” que serán nuestros. Si la modernidad alternativa de Barrett es leída como la apuesta a futuro dirigida por las clases obreras: los desgraciados, los desposeídos del pasado, por otro lado, también pueden ser evidenciadas ciertas representaciones de la naturaleza que, por momentos, dejan en ese carácter pasivo para demostrar un síntoma de actancialidad.

La imaginación ambiental de Barrett encuentra siempre una tensión con su contraparte moderna, el hombre del futuro cuyo tenor es siempre el trabajo y la tierra. Si embargo, el imaginario extractivista en la literatura paraguaya no se atiene únicamente a la plantación como espacio interrelacional de trabajadores y agencias geológicas y minerales. En quizás el libro más importante de la literatura paraguaya del siglo XX, *Hijo de hombre* publicado en 1960 por Augusto Roa Bastos, hay una escena bastante elocuente que gira alrededor del intercambio dialógico entre un grupo de soldados en el Chaco Boreal:

El zurdo esperó pacientemente. En cuanto pudo, volvió a meter baza.

—Pero no solamente por los títulos y acciones de los latifundistas de este lado. También vamos a pelear y morir por los títulos y las acciones de las empresas del petróleo, que están del otro lado.

—¡Vamos a pelear y morir por patriotismo! —gritó Martínez.

—Pero nuestro patriotismo va a acabar teniendo olor a petróleo —replicó el Zurdo, frunciendo mucho la boca— (271).

La novela expone las mismas figuras del campesinado, pero reclutados, ahora, para la guerra que el país libró contra Bolivia en los años 1932 y 1935. El pasaje muestra a un grupo de soldados que a través de sus diálogos dejan en evidencia la precariedad del Estado-nación a punto de ser licuado junto con la esperanza del pueblo paraguayo en un nuevo régimen neocolonial. Los hombres se debaten, consecuentemente, entre la tierra, la superficie como el aquí y ahora de la plantación local, el régimen latifundista que divide a las élites del campesinado y aquello que está “debajo de la superficie”, el activo geológico, el combustible fósil, narrado aquí como pura posibilidad. Se trata, en efecto, del choque de dos formas de extracción que la literatura paraguaya del siglo XX imagina no solo como deseo, sino también como parte de la acumulación de derrotas de la nación.

En ese marco, si los trabajadores de Barrett son los desgraciados sobre los que se enuncia la posibilidad de construir una nación en relación con la propiedad de la tierra, una parte inescindible de la plantación, en la narración de Roa Bastos quienes deben luchar por ella son los soldados que circulan por la selva chaqueña. Aunque a diferencia de Barrett, los personajes de *Hijo de hombre* asumen por momentos ya no una conciencia nacional cuyo horizonte es puramente neocolonial, sino la supervivencia ante la temperatura que los abraza o las descargas aéreas del ejército boliviano.

3. El mundo natural en la escritura barrettiana

Hasta aquí, la escritura fragmentaria de Barrett a través de la prensa argentina y paraguaya junto con la narración de Roa Bastos han presentado la posibilidad de vincular agencias no-humanas y humanas a través del deseo enunciativo del porvenir centrado, como si fuera una aporía, de la derrota nacional, pero con la mirada puesta en una modernidad alternativa. Sin embargo, como veníamos insistiendo, todas las formas de modernidad encuentran su contracara en una naturaleza que se resiste al dominio y que como figura actancial sin conciencia no distingue entre el colonizador y las subalternidades.

En el texto que se llama “La estancia”, publicado en *El Diario* en 1907, el narrador comienza con este pasaje:

He aquí la naturaleza auténtica, el augusto desierto. En los sitios que hasta ahora conocía del Paraguay, el terreno y la vegetación me parecían querer acercarse, rodear e imitar al hombre, acompañarle en sus humildes cultivos, en su vida sedentaria y pequeña, ofreciéndole horizontes menudos, ondulaciones perezosas, perspectivas acortadas más bien por inexplicables jardines, por selvas vírgenes, aguas delgadas y lentas, matices homogéneos y suaves paisajes estrechos de una placidez familiar casi doméstica, de una tenue melancolía de viejo vergel abandonado (8).

Es cierto que la descripción del paisaje por momentos parece excesivamente pasiva en contraposición a la violencia cruda de la imaginación selvática de aquellos escritores que vinieron después como Horacio Quiroga o Alfredo Varela. En todo caso, el foco de la potencia del texto, sus tonos violentos, brutales y desgarradores están puestos en los pasajes que remiten a una naturaleza puesta en relación con los cuerpos vivos o muertos que vuelven de la guerra.

Barrett decide narrar una suerte de escenario natural hostil y completamente ajeno a toda humanidad. Continuando con el fragmento que citamos anteriormente, el cronista y viajero presente en el texto afirma que:

Aquí las cosas no nos recuerdan, no nos ven: llanuras sin términos, de un pasto de búfalos, cruzadas por traidores esteros; bosques que una severa barra oscura en el confin de lo visible; malezales cómplices del tigre y de la víbora; peligro y majestad. Ni el azar mismo nos concilia con esta soledad definitiva. Nada humano nos circunda (8).

Muy presente en la literatura de la época, apenas algunos años antes Euclides Da Cunha había publicado *Os sertões*⁶, es esta idea de un territorio vacío que debe ser ocupado, un espacio donde la civilización todavía no ha llegado. El contraste y la tensión entre dos órdenes recién ha comenzado.

El Paraguay que presenta Barret en *El dolor paraguayo*, particularmente en el pasaje citado, narra un salvajismo que proviene del terreno natural. Sin embargo, cabría preguntarse: ¿quién está narrando? Aquí la figura del viajero, del *pioneer*⁷, pareciera presentarse como un intruso, aunque también la aseveración final “Nada humano nos circunda” indica que quien está narrando es también parte del ambiente. Desde el principio se esboza la ausencia total de la memoria de las cosas, no hay memoria en la selva que es descripta por el narrador. La alianza entre la vegetación y la animalidad, las malezas con las víboras y tigres conjugan, además, el peligro inminente.

Por otro lado, este tipo de reflexión crítica sobre lo salvaje y el territorio se tensa por supuesto con esbozos tardíos de escritura romántica: una soledad expectante y reflexiva ante la violencia natural. En otro fragmento publicado Barrett dirá que:

6 En ambos textos que tienen un germen periodístico, están muy presentes la narración del espacio vacío y la llegada del conflicto militar: la Guerra del Chaco Boreal que enfrentó a Bolivia y Paraguay entre 1932 y 1935 y; la Guerra de Canudos que enfrentó al ejército brasileño con los integrantes del movimiento religioso que lideraba Antônio Conselheiro.

7 Leandro Delgado ha dicho que todo el libro de Barrett es “un proceso gradual de apertura del campo perceptivo en su experiencia de la selva [...] que se inicia con anotaciones impresionistas, a la manera de un viajero, para culminar en una denuncia política vehemente habilitada por unos conocimientos científicos y una capacidad de escritura que trascienden la retórica anarquista” (“Modernidad y anarquía” 212). La unificación de todas esas características en el viajero y científico permiten que, oportunamente, utilicemos la denominación de *pioneer* como ha hecho Beatriz Sarlo con la figura de Horacio Quiroga.

Basta. Esto es *demasiado humano* para este panorama imperioso y solemne. No soy un bucólico azucarado; sé que las plantas elegantes se roban el aire y la luz, que los tallos esbeltos se retuercen para estrangularse, que no es por estética que la golondrina decora el espacio con las graciosas curvas de su vuelo, sino por devorar una presa invisible; sé que lo hermoso y lo pujante brota de los cadáveres podridos. Y sin embargo, siento que de las sanas crueldades de la naturaleza se eleva una certidumbre sublime, ausente de las maniáticas y ruines crueldades de los hombres (10, destacado del original).

El juicio de valor del narrador se invierte de manera irónica ante lo que venía narrando: “no soy un bucólico azucarado”, señala una autocritica hacia la desmesurada descripción romántica en pos de situar un valor estético válido en la violencia de la naturaleza. En efecto, la descripción de la crueldad del ambiente, lo viviente y lo animal, se revelan ahora como sinónimo de lo bello y lo sublime ante la tradición moderna. No obstante en este fragmento aparece de nuevo una voz narrativa dudosa. ¿Acaso es el viajero quien narra? ¿Por qué habla de las crueldades de los hombres en tercera persona? Cualquier juicio de verdad que la narración presente en un principio se pondrá en cuestión después. Como si la tensión entre modernidad y naturaleza fuera un contrapunto incesante en la escritura barrettiana.

Esas imágenes que se intercalan tienen vocación de mostrar, como hemos sostenido hasta aquí, dos órdenes distintos. En el medio, la figura del trabajador de la tierra, del obrero que, alternativamente entre el Estado-nación y el régimen extractivo, es representado como el pilar de un futuro distinto. Como decíamos anteriormente, en esa variante de la imaginación ambiental que se despliega en *El dolor paraguayo* se encuentran fragmentos de una tradición anterior que vincula lo humano y lo vegetal, el hombre que labra y el ambiente, pero despojados ahora sí de todo vínculo con el proceso extractivo y desplazando el conocimiento hacia otra cultura. En un pasaje extenso que se titula “Herborizando”, se narra:

Herborizando

A FUERZA de vivir en compañía de ellas, han podido los campesinos arrancar alguno de sus secretos a las plantas. Por distinto que parezca el mundo vegetal del mundo animal, hasta el punto de haberse inventado, para explicar la presencia de tan extraños seres en nuestro planeta, la curiosa hipótesis de gérmenes siderales traídos por aerolitos o piedras del cielo, ello es que algunas relaciones ya prácticas, ya simbólicas han descubierto la ingenuidad de los pueblos entre el hombre y los más humildes organismos de la tierra.

Todas nuestras enfermedades tienen su remedio en las yerbas del campo. *Esta verdad que la medicina no acepta, empeñándose en apelar a la química y a la bacteriología, la saben los paraguayos no contaminados por la civilización. Para reconocer los medicamentos naturales, que crecen en los abiertos prados o en el misterio de las selvas, es indispensable el cándido corazón de los brujos, los curanderos y los locos* (22, las cursivas son nuestras).

La narración trata de dejar en evidencia la profusión de dos tipos de conocimientos completamente diferentes. Por un lado, la ciencia y la razón, pilares de la modernidad, aparecen enfrentados a otro conjunto de conocimientos alternativos que solo tendrían aquellos “paraguayos no contaminados por la civilización”, del que solo se pueden obtener, como indica el fragmento anterior, de una serie de contrafiguras de las cosmogonías guaraníticas: “brujos, curanderos y locos”. Se percibe, por consiguiente, en un texto de la cultura finisecular la presencia de un indigenismo que “anuncia una presencia y visión crítica” (Delgado, “Modernidad y anarquía”) que nos recuerda a algunas de las apuestas teóricas más recientes del antropólogo brasileño Eduardo Viveiros Do Castro (*Metafísicas caníbales; ¿Hay un mundo por venir?* [con Deborah Danowski]) o anteriores como la del crítico de arte paraguayo Ticio Escobar (*El mito del arte y el mito del pueblo; La belleza de los otros*).

El fragmento citado comienza, consecuentemente, con la idea de la coexistencia entre los campesinos y el mundo vegetal. En ese “vivir juntos”, idea que se aleja de la violencia de la naturaleza que no discrimina entre el labrador subyugado y el sistema extractivo,

el campesino ha absorbido un conocimiento alternativo. Lo mismo ocurre con otro pasaje:

La Poesía de las piedras

Los campesinos paraguayos, herederos de muchas creencias guaraníes comprenden la tristeza de las piedras. Rara vez la asocian a buenos agüeros, quizás porque no conocen las gemas transparentes, las cuales son menos prisioneras de la fatalidad, ya que el día variable y matizado puede visitar su sólido seno. Casi ningún guijarro representa un secreto alegre. Los metales, vidrios, los cristales y espejos resplandecen por la humana industria, en ello se borran los designios tenebrosos de su primer origen. En el estado bruto, apenas ofrecen los áridos minerales una sonrisa a la ingenuidad paraguaya (20).

Si bien la forma de enunciación parece sustraerse a cierto tono poético, el pasaje revela finalmente nuevas alianzas con elementos que exceden el régimen de lo viviente para acercarse a lo geológico, un régimen mineral, conocimiento sobre lo no-humano imposible de captar, decodificar o abstraer por la dimensión humana-industrial. De nuevo es un conocimiento que viene del mundo mineral y que solo es posible asimilarlo dominando parte de un mundo que aún perdura, el mundo guaraní.

No obstante, ese mundo otro encuentra en la lengua guaraní una permanencia no solo en el presente, sino como dispositivo de transmisión de toda una cultura y conjunto de saberes. En los escritos de Barrett queda muy clara la vinculación que rige con la lengua como un mecanismo que intenta sabotear el habla ilustrada, un mecanismo que, en suma, pretende desacelerar la modernidad. Dice Barret en 1907 para *Rojó y Azul*: “Para algunos, el guaraní es la rémora. Se le atribuye el entorpecimiento del mecanismo intelectual y la dificultad que parece sentir la masa en adaptarse a los métodos de labor europeos” (18). Si por un lado la lengua originaria se construye como la contraparte de las lenguas europeas, de la ilustración y el progreso, por otro lado da cuenta de todo un mundo anterior en la génesis de su configuración:

Que el guaraní es diferente del castellano, en su esencia, no se discute. Se trata de un lenguaje primitivo, en que las indicaciones abstractas escasean, en que la estructura lógica a que llegan las lenguas cultivadas no se destaca aún. El guaraní demuestra su condición primordial por su confusión, su riqueza profusa, la diversidad de giros y acepciones, el desorden complicado en que se aglutinan términos nacidos casi siempre de la imitación ingenua de los fenómenos naturales (18).

Se destaca en la descripción lingüística del guaraní que realiza Barrett, en principio, su condición primitiva. Sin embargo, es posible pensar, a partir de la idea ambigua del autor, en la posibilidad de adaptación de un mundo lingüístico que no por primitivo no posee una cierta complejidad. El nivel de abstracción es, justamente, dado por su mecanismo de imitación de la naturaleza. En tal sentido, la gran cantidad de giros y acepciones como su diversidad lingüística provienen de la mimesis del lenguaje del mundo natural del que la máquina moderna solo puede abstraer su deseo de extracción. Como ha sugerido Raúl Acevedo (“Rafael Barrett y la literatura menor: reflexiones deleuze-guattarianas a la luz de las problemáticas del novecentismo paraguayo”), Barrett cambia, mucho más tarde, su postura en relación con el guaraní una vez que conoce la realidad paraguaya y apuesta por una coexistencia de ambas lenguas: la lengua europea y la lengua local a partir de un proceso de robustecimiento mutuo.

En dicho marco, la escritura de Barrett deja entrever, por primera vez, la existencia de una planta que se configura como elemento central de la vida en el campo y en la selva: “Sobre este comercio sutil entre los vegetales y la población, reina el mate como soberano de antiquísima estirpe. Por el mate se absorben casi todas las medicinas silvestres. Mediante el mate se enamora, se mata y se embriuja” (23). Se trata de evidenciar, en los escritos de Rafael Barrett, la existencia de una historia anterior a la colonización de la naturaleza, volviendo a utilizar la proposición propuesta por Walter Mignolo, procedimiento que posteriormente replicará Alfredo Varela en *El río oscuro*, que servirá para dejar en evidencia, un pasado distinto y aun

completamente fractal al porvenir que trae la modernidad humana. En definitiva, mostrar al Paraguay antes del desastre. En tal sentido, la yerba mate se configura, hasta donde podemos presuponer en *El dolor paraguayo*, como parte de la dimensión vital no solo de la cultura guaraní sino también de las culturas campesinas y populares posteriores.

4. El trabajador del yerbal

Diferente será el lugar del cultivo en “Lo que son los yerbales”⁸ donde Barrett es, junto con Julián Bouvier, uno de los primeros autores que denuncia⁹, a partir de un “lenguaje moral e incendiario” (Sarreal, “Yerba Workers as a Symbol of Capitalist Exploitation”; Castell, *Rafael Barrett. El humanismo libertario en el Paraguay de los liberales*) los horrores de la extracción del cultivo de la yerba mate, ahora ya no como un elemento central de la vida cotidiana del Paraguay campesino, sino como un *commodity*¹⁰ clave para la vida de las grandes urbes como Buenos Aires o Asunción. El circuito de producción y distribución que va desde la plantación hasta la urbe ilumina elocuentemente el binomio metrópoli-periferia como ha observado Pratt: “La ciudad es la vanguardia de la civilización moderna, su avanzadilla, su creación más dramática. Sin ciudad no hay modernidad. Lo rural se convierte en sinónimo de atraso” (*Imaginarios planetarios* 110).

Siguiendo esa línea, se puede evidenciar una paradoja: si lo rural es sinónimo de atraso puede utilizar, sin tapujos, un sistema de extracción que implique la administración de los cuerpos en las plantaciones y obrajes, que no esté regulado por el Estado-nación. Consecuentemente, un sistema de esclavitud que se extenderá, como

8 Que comprende seis textos: “La esclavitud y el Estado” (121-123), “El arreo” (124-126), “El yugo de la selva” (127-129), “Degeneración” (130-132), “Tormento y asesinato” (133-135) y “El botín” (136-138).

9 Abelardo Castillo ha dicho: “Con ‘Lo que son los yerbales’, fulgurante panfleto sin el cual no existiría una de nuestras grandes novelas sociales: El río oscuro de Alfredo Varela” (Etcheverri, *Rafael Barrett: una leyenda anarquista* 13).

10 Para un estudio sobre la expansión del capital y la distribución de los *commodities* en América Latina véase Beckman, *Capital Fictions: The Literature of Latin America's Export Age*.

narra la literatura de la época, ahora sobre los trabajadores de la tierra pero que será un secreto a voces en la urbe y la política nacional que, por el contrario, Barrett intentó denunciar utilizando en algunos de sus escritos la comparación cercana con la extracción del caucho y la brutalidad colonial en el Congo Belga (Sarreal, “Yerba Workers as a Symbol of Capitalist Exploitation”).

De esta forma, aquí aparece por primera vez la figura de un Estado que, lejos de comportarse como el Estado benefactor que gobierna para las clases obreras, se comporta de manera feudal al interior del territorio. En “La esclavitud y el Estado” escribe Barrett:

Se firma ante un juez un contrato en el cual consta el monto del anticipo, estipulándose que el patrón será reembolsado con trabajo. Una vez arreado a la selva, el peón queda prisionero los doce o quince años que como máximo resistirá las labores y las penalidades que le aguardan (122).

Apenas un par de palabras separan de la escritura la idea de la figura que imparte justicia del peón que es arriado y hecho prisionero¹¹. El autor cierra la idea de manera contundente: “es un esclavo que se ha vendido a sí mismo. Nada le salvará”. Lo que deja entrever Barrett es un Estado que, en su impronta moderna ejerce una soberanía a través de la diplomacia y la guerra y muestra en su especificidad su tenor neocolonial que se rige en principio por sistemas de acumulación y corrupción, tal como indica en el final del apartado: “Nada hay que esperar de un Estado que restablece la esclavitud, con ella lucra y vende la justicia al menudeo. Ojalá me equivoque” (123). Semejante texto de denuncia ha sido leído, consecuentemente, desde la dimensión anarquista y desclasada del autor, dandi español que había llegado al país hacía poco tiempo (Lombardo, “Intelectuales anarquistas en América Latina: itinerarios e hibridaciones”).

11 Sobre la idea del juez corrupto, pero en el Alto Paraná dirá Barrett: “En las 5.000 leguas del Alto Paraná no hay más que un juez comprado por La Industrial y un maestro de escuela, el del Tucurú-pucú. Jurad sin miedo que al maestro no le subvencionan! En esas 5.000 leguas no hay un boticario ni un médico ¡Si los médicos manejan el látigo o el fusil, los habría!” (127).

En uno de los textos más elocuentes de Barrett se narra:

Esclavitud

El doctor Steinfert, después de su reciente viaje por el Paraguay, Mato Grosso y las Misiones, ha descrito en Buenos Aires los horrores de la esclavitud yerbatera y obrajera. ¡Eterna historia! El anticipo, la salud que no se acaba nunca, la miseria, el tormento, el asesinato. “Si el peón intenta huir, explica el doctor Steinfert, por lo común es azotado. Previamente se le ata a un árbol, y después los capataces, provistos de varas de ysyó, dan comienzo a la tarea de azotamiento. A veces consigue internarse en la selva, pero en seguida se pone en movimiento una comisión armada que no tarda en dar con el prófugo. Si resiste se le pega un tiro (174).

La narración viene mediada, en principio, por la voz de un testigo, el doctor Steinfert, que ha recorrido ese territorio extenso, que, como se verá, en la mayoría de la literatura paraguaya y argentina excede, por grandes momentos, al Estado-nación, donde gobierna la selva y los dueños de los establecimientos yerbateros. Es la figura de otro *pioneer*, de nuevo una figura moderna, que denuncia el horror del sistema extractivista y el yugo del trabajador del yerbatal. La narración describe muy bien la fuga del trabajador, pero no deja lugar a la duda: nadie escapa del establecimiento y la muerte del prófugo solo se da a manos de capangas. No hay conexión aquí entre la selva y la deriva colonial, apenas se sugiere en la violencia ejercida por los capataces con varas de un árbol selvático. La frase más destacable del pasaje es: “¡Eterna historia!”, lo que indica que la vida paupérrima en torno a la extracción de la yerba mate es un problema que se ha sostenido en el tiempo y que, como se puede apreciar en la literatura posterior, se extenderá muchos años más. La diferencia del escritor paraguayo con aquellos autores que luego trataron la misma temática es que, dado que es un texto periodístico, no hay recursos literarios, como la elipsis que presuponga una lectura forzada de los responsables de la matanza en torno al negocio de la extracción en los yerbales paraguayos:

¿Qué guerra civil es comparable al aniquilamiento de la raza en la tortura de la esclavitud? Hace años se gritó que hay quince mil esclavos paraguayos en los yerbales y en los obrajes. No me hago ilusiones. Mientras los esclavos no se defiendan por sí mismos, mientras no se ejecuten a sus verdugos y prendan fuegos a esos yerbales de maldición que serán acaso la riqueza, pero sobre todo el oprobio del Paraguay, todo seguirá como hasta ahora. Detrás del capataz está el negrero de levita, el director de empresa, el “ilustre hombre de negocios” que sabe lo baratas que son las conciencias políticas. La esclavitud está bien instalada...

¡Venid, esclavos del yerbal, venid a festejar con nosotros el centenario de vuestra independencia! (175).

En efecto, dado que es una columna de opinión, la apuesta está por dejar en evidencia los nombres detrás de los grandes establecimientos como La Industrial, la figura del administrador, del director de empresa sin escrúpulos. Todo un mundo que se sustrae a la relación carnal de la empresa con el Estado se cierra con una ironía que retrotrae al lector de nuevo a un tiempo colonial. La segunda idea que se puede abstraer del fragmento anterior es la promesa de la organización política que se hará patente casi cuarenta años después en *El río oscuro*.

El texto “El arreo” describe que el horror de la esclavitud se extiende a los niños que han quedado en el Paraguay luego de ocurrida la Guerra Grande. En dicho sentido, algunas líneas de Barrett ya plantean el pasaje de la vida a una vida regulada por la necropolítica (Mbembe, *Necropolítica*) que es ejercida por agencias estatales y los establecimientos yerbateros. “Pero el esclavo se convierte pronto en un cadáver o un espectro. Hay que renovar constantemente la pulpa fresca en el lugar, para que no falte el jugo. El Paraguay fue siempre el gran proveedor de la carne que suda oro” (124). El lugar del cuerpo se presenta aquí como dispositivo de extracción, como máquina orgánica de la plantación, cuyo reemplazo es susceptible cuando su funcionamiento comienza a menguar. En el texto de “El arreo” son evidentes las evaluaciones de los capataces sobre la aptitud para el trabajo de las fibras y los músculos de los jóvenes que se desempeñarán en la plantación.

En “Lo que son los verbales” abundan cuerpos, la definición del perfil del esclavo del yerbatal, el lugar del Estado y su conjunción con los administradores de los establecimientos, los empresarios, elementos todos del sistema extractivo que se ha configurado en torno a la plantación de la yerba mate. No obstante, la planta se presenta, en principio, como un cultivo que proviene de la selva misionera, aquella que rodea el Alto Paraná.

En el texto cuyo título es “El yugo en la selva”, Barrett escribirá: “¡La selva! Extraen de ella enormes fortunas los negreros enlevitados que se pasean por las calles de Asunción, de Buenos Aires o de Río, y no llega a ella una ráfaga espiritual, un eco de la cultura, un consuelo de la sociedad perdida” (127). Lo que hay allí resulta bastante paradójico, porque si en un principio el espacio selvático es vaciado por el capital extractivo que extrae “enormes fortunas”, debe ser llenado con otra materialidad que pareciera encontrarse entre la cultura y lo espiritual, sería “un consuelo de la sociedad perdida”. De nuevo, Barrett está haciendo referencia a una modernidad alternativa, periférica. Barrett no está preocupado por la extracción, sino por quién la realiza. Acaso sea un capital especulativo que se encuentra en las grandes urbes, una burguesía local, en lugar de quienes labran la tierra que se encuentran en zonas rurales, el campesinado del litoral. Lo que hay en definitiva aquí es, nuevamente, una tensión entre dos proyectos modernos cuya experiencia difiere porque se encuentra pensado para dos clases distintas.

Por otro lado, en el mismo texto la selva comienza a dejar de codificarse como un espacio pasivo para pasar, aunque lentamente, a ser un lugar actancial en su interrelación con el sistema extractivo¹². La voz del testigo, del periodista, del *pioneer* da cuenta de ello: “He visto la tierra, con su fertilidad incoercible y salvaje, sofocar al hombre, que arroja una semilla y obtiene cien plantas diferentes y no

12 Tomamos distancia de la afirmación de Jorge Urrutia, quien hace referencia a esa “naturaleza invasora y cruel” (“Narrar el infierno verde. Sobre la novela latinoamericana de plantación” 121) tanto en *La vorágine* (1924) de Rivera como en *El dolor paraguayo* (1909). La selva como espacio actancial sin conciencia que resiste ante el avance colonial no puede ser evaluada a partir una valoración humana como la crueldad.

sabe cuál es la suya. He visto los viejos caminos que abrió la tiranía devorados por la vegetación, desleídos por la inundación, borrados por el abandono” (54). “Los viejos caminos” que abrió la tiranía se referencian, por supuesto, en el avance moderno, al implante del sistema extractivo, que no incluye solamente la plantación sino toda una estructura que sirve de soporte al establecimiento del yerbatal. Lo que allí se muestra es una cruda resistencia ambiental, tildada de salvaje, sofocante, con una vegetación que devora y la inundación que borra toda identidad espacial y, por último, el abandono que, en la intemperie, en el ambiente, incluye una escala temporal no-humana y que borra, *lentamente*, todo vestigio humano¹³.

Otro tanto ocurre con el “obrero del yerbal”:

¡La selva! La milenaria capa de humus, bañada en la transpiración acre de la tierra; el monstruo inextricable, inmóvil, hecho de millones de plantas atadas en un nudo infinito; la húmeda soledad donde acecha la muerte y donde el horror gotea como en las grutas... ¡La selva! La rama serpiente y la elástica zarpa y el devorar silencioso de los insectos invisibles... Vosotros sois los que os apagáis en un calabozo, no envidies al prisionero de la selva. A vosotros os es posible todavía acostaros en un rincón para esperar el fin. A él no, porque su lecho de espinas ponzoñosas; mandíbulas innumerables y minúsculas, engendradas por una fermentación infatigable, le disecarán vivo si no marcha. A vosotros los separa de la libertad un muro solamente. A él le separa la inmensa distancia y los muros de un laberinto que no se acaba nunca. Medio desnudo, desamparado, el obrero del yerbal es un perpetuo vagabundo de su propia cárcel. Tiene que caminar sin reposo y el camino es una lucha; tiene que avanzar a sablazos y la senda que abre con el machete, torna a cerrarse detrás de él como una estela en la mar (128).

La selva como una entidad biológica y monstruosa anclada en su propio tiempo, asentada en la tierra acre, la tierra roja habitual en el Paraguay, la humedad que indica las altas temperaturas, miles de sonidos que provienen de la animalidad del lugar, miles de plantas

13 La selva en su carácter actancial también es protagonista en el libro más importante de la tradición regionalista que se llamó “La novela de la tierra”, *La vorágine* de José Eustasio Rivera (Rudas Burgos, “Capitalismo extractivo, delirios animistas y representación textual en José Eustasio Rivera”).

que fundan un solo cuerpo vegetal, mineral, animal que, por otro lado, también es visto en el texto como la prisión no-humana que vincula el sistema extractivo que ya llegó a la selva luego de esos arrebatos fallidos en la conquista. Este espacio que mantiene cautivo al trabajador del yerbatal, “en la selva, cárcel más inexpugnable que ninguna, comenzaba el terrible castigo” (Castell y Castell, *Rafael Barrett. El humanismo libertario en el Paraguay de los liberales* 29) para luego transformarlo en un cadáver o en un espectro tiene su contrafigura, para el narrador, en la prisión de la urbe, que en todo caso representa una comodidad para el prisionero. En otro fragmento de “Lo que son los yerbales” Barrett escribe: “Escudriñad bajo la selva: descubriréis un fardo que camina. Mirad bajo el fardo: descubriréis una criatura agobiada en que se van borrando los rasgos de su especie. Aquello no es ya un hombre; es todavía un peón yerbatero” (130).

Se tratan de imágenes que vinculan una *insurgencia ambiental*, proposición que utiliza Jens Andermann pero que, paradójicamente, se activa, en este caso también, como resistencia al esclavo del yerbatal. En efecto, cierto proceso de desobjetivación comienza con la vinculación del peón y el sistema extractivo. Quien carga los fardos comienza a atravesar un estadio no-humano que, consecuentemente, puede leerse como parte de una figura del trabajo en el ambiente del yerbatal. En esa perspectiva, la selva que no distingue entre lo correcto y lo incorrecto, decide por azar comportarse de manera violenta y cruel con aquellos que son tan víctimas del sistema extractivo como ella.

De modo que son los cuerpos de los trabajadores del yerbatal y del obraje en donde Barrett deposita sus esperanzas antiestatistas, de un futuro distinto al que plantea la burguesía paraguaya de principios de siglo XX que solamente se traduce en extracción, acumulación y muerte. La apuesta utópica por el Paraguay del futuro es, en suma, una de las dimensiones políticas de una modernidad alternativa cuyas imágenes más elocuentes son el trabajo y la tierra.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Acevedo, Raúl. “Rafael Barrett y la literatura menor: reflexiones deleuze-guattarianas a la luz de las problemáticas del novecentismo paraguayo”. *Revista Estudios Paraguayos* 39, 2 (2021): 161-201. <https://doi.org/10.47133/respy339022105>.
- Andermann, Jens. *Tierras en trance. Arte y naturaleza después del paisaje*. Santiago de Chile: Metales Pesados, 2018.
- Barrett, Rafael. *El dolor paraguayo*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, 1978. https://libreria.clacso.org/biblioteca_ayacucho/publicacion.php?p=1615&b=4.
- Beckman, Ericka. *Capital fictions: The literature of Latin America's Export Age*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2009.
- Cándido, Antonio. *Formação da literatura brasileira: momentos decisivos*. Belo Horizonte: Editora Itatiaia Ltda, 2000.
- Castell, Carlos y Mario Castell. *Rafael Barrett. El humanismo libertario en el Paraguay de los liberales*. Rosario: CEALC, 2010.
- Cornejo Polar, Antonio. *Escribir en el aire: un ensayo sobre la heterogeneidad socio cultural en las literaturas andinas*. Lima: CELACP, 2003.
- Danowski, Deborah y Eduardo Viveiros de Castro. *¿Hay un mundo por venir? Ensayo sobre los miedos y los fines*. Buenos Aires: Caja Negra Editora, 2019.
- Delgado, Leandro. “Rafael Barrett y James Lovelock: dos lecturas modernas para la animación del planeta”. En *Buen vivir, cuidado de la casa común y reconciliación. III Foro Iberoamericano de Cátedras de Comunicación*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2017. https://www.javeriana.edu.co/unesco/buenvivir/contenido/conferencias/pdf/conferencia_07.pdf.
- . “Modernidad y anarquía: sobre lo colectivo en las crónicas de Rafael Barrett”. *Tekoporá. Latin América Review of Environmental Humanities and Territorial Studies* 3, 1 (2021): 206-228. <https://doi.org/10.36225/tekopora.v3i1.117>.
- Escobar, Ticio. *El mito del arte y el mito del pueblo*. Buenos Aires: Ariel, 2014.
- . *La belleza de los otros*. Buenos Aires: Edhasa, 2015.
- Etcheverri, Catriel. *Rafael Barrett: Una leyenda anarquista*. Abelardo Castillo, prol. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2007.

- French, Jennifer y Heffes, Gisela, eds. *The Latin American Ecocultural Reader*. Evanston, Illinois: Northwestern U P, 2021.
- Habermas, Jürgen. “La modernidad, un proyecto incompleto”. En *La posmodernidad*. Hal Foster, coord. Madrid: Kairós, 2002.
- Lombardo, Verónica. “Intelectuales anarquistas en América Latina: itinerarios e hibridaciones”. Ponencia leída en el *Congreso Internacional: Debates actuales. Las teorías críticas de la literatura y la lingüística*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2004.
- Mbembe, Achille. *Necropolítica*. Barcelona: Melusina, 2011.
- Mignolo, Walter. *Historias locales/Diseños globales*. Madrid: Akal, 2000.
- Portantiero, Juan Carlos. *Realismo y realidad en la narrativa argentina*. Buenos Aires: Eudeba, 2011.
- Povinelli, Elizabeth. *Geontologies: A requiem to late liberalism*. Durham: Duke U P, 2016.
- Pratt, Mary Louise. *Imaginarios planetarios*. Madrid: Aluvión, 2018.
- Rama, Ángel. *Transculturación narrativa en América Latina*. Ciudad de México: Editora Nómada, 2019.
- Roa Bastos, Augusto. “Rafael Barrett: Descubridor de la realidad social del Paraguay” [prólogo al *El dolor paraguayo*]. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, 1978. 9-32.
- . *Hijo de hombre*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2011.
- Rodríguez Alcalá, Hugo. *Historia de la literatura paraguaya*. México: Ediciones de Andrea, 1970.
- Rodríguez Pérsico, Adriana. *Relatos de época*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2008.
- Rudas Burgos, Gabriel. *Capitalismo extractivo, delirios animistas y representación textual en José Eustasio Rivera, José María Arguedas y Juan Cárdenas*. Tesis de doctorado. Stony Brook University, 2019.
- Sarreal, Julia. “Yerba Workers as a Symbol of Capitalist Exploitation”. *Yerba Mate: The Drink That Shaped a Nation*. California: University of California Press, 2022. 189-218.

Sarlo, Beatriz. *La imaginación técnica*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1992.

Urrutia, Jorge. “Narrar el infierno verde. Sobre la novela latinoamericana de plantación”. *Acta literaria* 56 (2018): 111-133. <https://dx.doi.org/10.4067/S0717-68482018000100111>.

Varela, Alfredo. *El río oscuro*. Buenos Aires: Lautaro, 1943.

Viveiros de Castro, Eduardo. *Metafísicas caníbales*. Buenos Aires: Katz Editores, 2009.